

"El cambio de mentalidad y de estructuras provoca con frecuencia un planteamiento nuevo de las ideas recibidas. Esto se nota particularmente entre los jóvenes, cuya impaciencia, e incluso a veces su angustia, los lleva a rebelarse. Conscientes de su propia función en la vida social, desean participar rápidamente en ella. Por lo cual no raras veces los padres y los educadores, en el cumplimiento de sus tareas, experimentan dificultades cada día mayores." (Con. Vat. II. Gaudium et Spes, 7.)

El conflicto de las generaciones es una vieja y eterna lucha. Sócrates atacó amargamente a la juventud de su tiempo por "su mala educación, desprecio de la autoridad, falta de respeto a los mayores". "Los niños, en nuestros días, añade, son tiranos."

Sin embargo, actualmente alcanza el problema dimensiones alarmantes. Esta no es justamente una nueva generación, sino una especie de nueva generación.

Leslie Paul, inglés, que acuñó ya en 1961 la frase "juventud enojada", predice: "Las relaciones entre las generaciones pueden llegar a ser el problema central social en los próximos 50 años, de la misma manera que las relaciones entre las clases han sido la pesadilla de la pasada mitad de nuestro siglo."

Lo externo: Esta juventud pintoresca

Nos sorprendieron por vez primera los "melenudos" —hace ya bastantes años— al descender del avión en París. Los juzgamos acerba, y tal vez injustamente, como un índice de una decadente indiferenciación de sexos.

Más tarde, desde la atalaya de Caracas, hemos podido seguir el éxito fulgurante de otros melenudos extraños: los Beatles, no sólo sorprendentes por sus melenas, sino también por su voz, por su música, por su bailete y por sus gritos. Era evidente que interpretaban el alma inconformista de la juventud contemporánea. La reina de Inglaterra los condecoró, y constituyen un factor positivo para la titubeante economía inglesa. Sólo en 1965 se vendieron en Inglaterra 10 millones de sus discos. Se ha formado el mito de los Beatles. Son rentables esos jóvenes y los han utilizado los agentes capitalistas como si se tratara de polígrafos o máquinas de fotografía.

Posteriormente hemos leído una profusa literatura —en parte pintoresca, en parte atemorizadora— sobre los Existencialistas, los Beatniks, los Houligans, los Blousons Noirs, los Provos, los Capelloni, los Patotas... Los Patotas son la expresión venezolana del fenómeno. A última hora están en boga los Hippies, partidarios de la evasión, la felicidad, los alucinógenos y la LSD.

Lo íntimo: Lo trascendental del conflicto

Pero todo esto no es sino la manifestación extrema y exterior de un hecho mucho más amplio y en cierto modo universal: lo que se ha dado en llamar el conflicto de generaciones. El hablar de ello nos infunde respeto. Tal es su complejidad.

Tenemos que hablar de un nuevo mundo: el mundo de la juventud. Forma, en casi todas las sociedades, un mundo aparte, alienado, separado, sin comunicación con los valores espirituales de los adultos. Tiene su propia cultura, sus modos de vestir, su literatura, su arte, su música y hasta su lenguaje. Constituye una especie de Internacional de la Juventud. En todas las latitudes del universo: en Bombay, en Londres, en Sao Paulo o en San Francisco coinciden en una cultura congruente. Ninguna ciudad occidental carece hoy de una discoteca o boutique.

En este mundo, ruidoso y mareante, descubrimos —sobre su razón de ser y de sus características— unas cuantas conclusiones claras.

En primer término, ese nuevo mundo de la juventud es hijo del cambio social, del rápido proceso de industrialización. El Concilio Vaticano II (GS, 6) nos dice: "Son cada día más profundos los cambios que experimentan las comunidades locales tradicionales, como la familia patriarcal, el clan, la tribu, la aldea, otros diferentes grupos y las mismas relaciones de la convivencia social."

La vida actual ha separado a los padres de los hijos. La educación de los jóvenes se realizaba antes al contacto de los adultos. Estos comunicaban no sólo los conocimientos técnicos, sino una estructura psíquica, una espiritualidad que los jóvenes podían descubrir concreta y cotidianamente en contacto con las gentes de más edad. En la sociedad industrial los padres están desbordados por sus ocupaciones: el padre y la madre trabajan fuera de casa. En las clases más altas las madres están ausentes del hogar por compromisos sociales. Los hijos viven acorralados en el apartamento o la quinta.

¿A dónde acuden los jóvenes? ¿A la escuela? Los profesores y contra maestras, fuera de las cuestiones que interesan al trabajo y a la profesión, no tienen nada que

decir. Los jóvenes se buscan solos su propia sociedad y se acogen para su formación moral y espiritual a los grupos, asociaciones, sindicatos, pandillas de su edad, en donde buscan las pautas sociales de comportamiento y razones de vivir.

Hay un detalle muy importante que añadir. A los jóvenes actuales se les prolonga notablemente la duración de su adolescencia. En las culturas primitivas, hasta en nuestras sociedades agrícolas de hoy, el hijo se convertía rápidamente en adulto. La pubertad ocurría alrededor de los 14 años. ¿Quién reconocería en aquella edad como adolescente a una persona de 25 años, cuando Juana de Arco y Washington comenzaron sus hazañas a los 17 años? Nuestros niños nacen sorprendentemente precoces. Una mejor nutrición ha acelerado la pubertad a la edad de 12 ó 13 años. Al joven de nuestros días se le prohíbe trabajar a tiempo completo hasta los 16 años. Se le exigen estudios mucho más prolongados y un adiestramiento mucho más especializado. Y aunque pueden ser reclutados para la milicia a los 18 años, con frecuencia son económicamente dependientes de sus padres. Así tenemos una generación de adolescentes de los 12 a los 25 años.

Se constituye así el mundo cerrado de la adolescencia al margen de la sociedad global. Que nadie se admire entonces de las consecuencias.

—Estos jóvenes se sienten vacíos —espiritualmente desocupados— por la falta de contacto con los adultos. El adulto se siente pleno como esposo, ciudadano, padre o miembro del partido; se sienten ligados, anclados en la sociedad como un barco. Los jóvenes llenan su vacío con una agitación extremada: la dromomanía, que consiste en desplazarse lo más frecuente y rápidamente posible. Sus instrumentos predilectos son la motocicleta y el automóvil. Ruido... ruido, el que atrona en la película *Nacidos para perder*. Ruido y ruido hasta en la música, hasta en el baile.

—Ese vacío —esa desocupación del alma— de los jóvenes desemboca en el tedio. El tedio es una especie de insuficiencia o desproporción o de ausencia de la realidad.

—El tedio segrega el absurdo. A veces se encuentra a nuestros jóvenes agrupados, circulando las grandes arterias, rompiendo las lámparas y vitrinas con rabia destructora, que es una venganza de la vitalidad frustrada. Esta sociedad de adolescentes tiende a desarrollar conductas pueriles, aun infantiles, que desconciertan al sociólogo.

—Con frecuencia son víctimas de la licencia. Hoy todo es asequible a los jóvenes, en una edad en la que no poseen las fuerzas del hombre. Lo que llamó Montessori el complejo de ausencia de obstáculo. El erotismo es el síntoma por excelencia del vacío, del desempleo del alma. Evidentemente, sólo el amor es capaz de llenar la vida. Pero cuando se han secado o perdido las fuentes vivas del amor, solamente queda el remedo de los gestos.

—Hay una íntima correlación entre el erotismo, la agitación y una cierta tristeza. Esta tristeza, esa náusea, se reconoce hasta en las diversiones, en las fiestas de la juventud.

—Finalmente, esta juventud ha sido calificada de onfalocéntrica, es decir, totalmente centrada en su propio ego.

La juventud en Venezuela

También en Venezuela se hace sentir vivamente el conflicto de las generaciones con características similares al resto del universo.

La urbanización, la industrialización y el desarrollo están provocando cambios profundos en las relaciones intergeneracionales. Son particularmente profundos en la estructura familiar. La familia que en 1936 era todavía en las zonas urbanas de tipo doméstico y extendido, va rápidamente desapareciendo. Ya no predomina la familia doméstica. Se ha implantado, mediante una evolución histórica y social, otro tipo de familia, la denominada atomística, que aparece con el desarrollo de la industria. Nada tiene, por tanto, de sorprendente que en este período de cambio la organización de la vida familiar, la disciplina doméstica, la autoridad paterna, la armonía tradicional de las relaciones familiares, el entendimiento entre padres e hijos, en fin, todo el régimen de vida, esté sufriendo serios quebrantos.

Pero debemos advertir que nuestra actual juventud está más preocupada que en el pasado. Nuestros jóvenes tienen la conciencia de su poder y valoran sus responsabilidades en el momento crítico de Venezuela y América Latina; pujan por influir en la política desde los Liceos hasta la Universidad. El fenómeno de la desocupación espiritual —el vacío— es menos acentuado. Son menores los efectos del tedio, a no ser en grupos esporádicos de patotas.

Hay además detalles que imprimen sello peculiar a nuestro conflicto generacional:
—Venezuela es un país de jóvenes. El 51% de sus habitantes son menores de 17 años. Al menos el 60% son menores de 25 años.

—La tasa de crecimiento demográfico está estimada en 3,4%.

—Este incremento de población está integrado por más del 50% de hijos naturales, donde el padre está ausente o sustituido por el concubino de turno.

Son consecuencias lógicas: el fenómeno del niño abandonado, del niño delincuente, del niño vagabundo. Son víctimas de sus padres. La delincuencia juvenil y el hamponato. Incluso el fenómeno de las guerrillas; la maternidad prematura de niñas jóvenes; y el reclamo violento de los jóvenes estudiantes y obreros de un cambio de estructuras sociales.

Sepamos oír a los jóvenes sus reclamos

No podemos permanecer, como críticos espectadores, ante la amplitud del conflicto generacional. En primer término sepamos oír a los jóvenes sus reclamos.

Todos coinciden en acusar a sus padres y los mayores como retrógrados y medievales. "Los mayores no valoran los cambios de la nueva era; no nos comprenden; no admiten el diálogo; se irritan cada vez que les mencionamos: cambio de estructuras."

Respecto de la Iglesia exigen que viva las consecuencias últimas de su mensaje, sobre todo en la pobreza. Que elabore una pastoral adaptada a la juventud. Que tenga confianza de los jóvenes y conceda autonomía a las organizaciones laicas, concretamente juveniles. Respecto de la autoridad tienen su propia concepción, que excluye todo autoritarismo.

Respecto de los centros de educación reclaman que a los estudiantes —sobre todo universitarios— se les conceda participación en la gestión de las instituciones escolares.

Respecto de los sindicatos exigen un puesto en las deliberaciones de los adultos y la eliminación discriminatoria en los sueldos de adultos y jóvenes.

A los políticos los acusan de que han utilizado a los jóvenes solamente en los programas de propaganda; y exigen que se les escuche y valore como elemento acelerador de la revolución y en el cambio de las estructuras.

Aportes positivos

Las nuevas generaciones están llamadas a jugar un destino beneficioso. En su acción arrolladora descubrimos aportes originales y positivos.

—Una nueva visión de la vida: una justa valoración de la persona humana; la importancia de los pequeños grupos humanos, contra la organización masiva que sofoca; una mayor tolerancia y una superación de los prejuicios del nacionalismo y el racismo.

—Una nueva actitud espiritual: el ideal de una vida más simple, más esencial, más evangélica, más encarnada con la vida; capaz de romper esquemas y fórmulas tradicionales. Rechazan todo triunfalismo; aceptan gozosos el ecumenismo.

Cada generación se organiza en torno a sus propios valores y experiencias, con el peligro evidente de excluir y menospreciar los valores más caros a la otra generación. Toda generación tiende a exagerar los defectos de la otra y a idealizar sus propias virtudes. Cada una de ellas quiere preservar ciertos valores y eliminar ciertos peligros. Los más provecetos quisieran que los jóvenes se cuidaran ante todo de la ley y el orden; las generaciones nuevas desearían que los de más edad fuesen más respetuosos de la libertad y realización personales.

De hecho hay algo profundamente dinámico y positivo en estas tensiones y conflictos. En realidad no constituyen una oposición insuperable, sino una invitación a complementarse y al diálogo. Las generaciones viejas aportan la experiencia y madurez de juicio que da la vida; las generaciones jóvenes, afán de rejuvenecimiento, entusiasmo, carisma y un gran sentido de apertura.

Hemos indicado, nada más, los rasgos generales del problema generacional. Lo que hemos aportado basta para impresionar por la amplitud y profundidad del tema. Para los padres hemos abierto campo amplio de meditación. Abramos un generoso diálogo con los jóvenes. El diálogo es algo más que la libertad de palabra. Es el deseo de escuchar y de obrar.

M. A. E.